Una bomba llamada Abelardo

FARSA DE

Alfonso Paso

COLECCION TEATRO Nº 78

UNA BOMBA LLAMADA ABELARDO

FARSA BURLESCA , MENOS FANTÁSTICA DE LO QUE PARECE, EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE:

ALFONSO PASO

Estrenada por el T. P. U, en el teatro María Guerrero de Madrid, la noche del 6 de mayo de 1953 con el siguiente reparto:

REPARTO

Manuel……. JUAN JOSÉ MENÉNDEZ.
María Luisa ……. EULALIA SOLDEVILLA.
Laurencia ……. BLANCA SENDINO.
Jonás ……. AGUSTÍN GONZÁLEZ.
Bobi ……. FERNANDO GUILLÉN.
Laura ……. CARMEN LOZANO.
Abelardo ……. PEDRO BELTRÁN.
Hombre 1º …….. BENI DEUS.
Hombre 2º ……. LUIS CACHO.
Mister Tinzigam ……. JOSÉ MARÍA DE PRADA.
Miss Cayoh ……. MARGARITA MUÑOZ.
Chatowsky ……. MANUEL ALEXANDRE.
Violeta ……. AMPARO GÓMEZ-RAMOS
Profesor Enciso …….. ANTONIO CERRO.
Profesor Cavanillas ……. JAVIER DOMÍNGUEZ.

Época actual.
Lados: Los del público.
Dirección de escena: GUSTAVO PÉREZ PUIG.

Decorado: PILAR CALVO, realizado por MANUEL LÓPEZ GUERRERO.
Vestuario: MARBEL.

ACTO PRIMERO

Un salón elegante en casa de Jonás González, de quien diremos para aclarar más las cosas , que vive en un hotelito de las afueras de la ciudad. A la derecha, puerta. Más allá, desde el foro, parte una escalera que conduce al piso superior y que muere en un arco con forillo. En el foro, arco de mayores proporciones con forillo de corredor, y que se supone que conduce a la calle. En chaflán con la izquierda, ventanal con pequeña terracita tras él. A la izquierda, puerta. Muebles elegantes. Teléfono. Mueblecito bar. Bien visible, aparato de radio.

(Al levantarse el telón, la escena aparece desierta. Pausa. Se oyen dos tiros y desde telares cae a escena un pato. Baja la escalera BOBI, criado de la casa. Coge el pato y desaparece por la derecha. Nueva pausa. Entra MARÍA LUISA, joven con gafas. Se sienta en un sillón y escribe algo en un cuaderno. Por la izquierda entra MANOLO, joven también. Es el hermano de MARÍA LUISA. Viste con dejadez y, en general, ofrece un aspecto de un hombre cansado por algo que aún no ha concretado bien. Se sienta y enciende un puro. Luego pregunta burlonamente.)
MANOLO. - ¿Confesiones íntimas?
(*María Luisa niega.)*
¿Poemas amorosos?
(Niega.)
¿Sentimientos desgarrados?

MARÍA LUISA. – *(Con sencillez)* Lo que se gasta en la plaza.
(Suenan dos tiros más. Cae ahora una perdiz)

MANUEL. - ¡Vaya! Hoy se le está dando bien la caza a papi.
(BOBI baja la escalera, recoge la perdiz y hace mutis por la derecha.)

MARÍA LUISA. – Ha cazado ya un pato.

MANUEL. - ¡Ah! ¿Sí? Y ahora una perdiz.

MARÍA LUISA. – Lo malo es que en cuanto levantan la veda no nos deja vivir tranquilos. *(Cierra el libro)* ¿Y tus asuntos?

MANUEL. -Mejor que los tuyos.

MARÍA LUISA. - ¿Y las pantorrillas?

MANUEL. – Magníficas. ¡Es una chica estupenda! Y no sé por qué tenéis que llamarla la pantorrillas.

MARÍA LUISA. – Porque es una vicetiple.

MANUEL. – Tú también tienes pantorrillas.

MARÍA LUISA. – Una señorita decente no tiene pantorrillas. Si acaso tiene piernas, lo cual es muy distinto. Pantorrillas sólo tienen las vicetiples.

MANUEL. -Eso es idea de papá.

MARÍA LUISA. – Las ideas de papá son excelentes ideas. Papá sabe siempre lo que hace.
(Suena un tiro y cae un cuadro de la pared. BOBI baja la escalera, ve el cuadro, lo cogey hace mutis por la derecha.)
¿Qué hay de ella?

MANUEL. - Baila.

MARÍA LUISA. - ¿Y de ti?

MANUEL. –*(Por el puro.)* Fumo.

MARÍA LUISA. – Te pregunto si en realidad estás enamorado de esa proletaria disolvente.

MANUEL. – Yo que sé. Si lo supiera, no estaría aquí fumando, sino en Palma de Mallorca con las pantorrillas.

MARÍA LUISA. – Espero que no te las ibas a quitar para ir a Palma de Mallorca, por muy mal empedradas que estén las calles.

MANUEL. – Bueno, pues con la vicetiple.

MARÍA LUISA. -¿Qué nombre cristiano tiene?

MANUEL. -No sé. La llaman Violeta. Pero a lo mejor es verdad.

MARÍA LUISA. – La violeta es una flor engañosa, falsamente humilde y repugnantemente hermosa. Papá odia las violetas. Y de las vicetiples ya sabes lo que dice, que son como los licenciados de Filosofía y Letras. Aunque no quieran, siempre están enseñando algo.

MANUEL. – No querrá comparar las piernas de Violeta con el Imperio Bizantino ni con la Revolución Francesa. Y ni mucho menos con la Historia Contemporánea. Las piernas de Violeta son algo más importantes que todo eso. En realidad, lo que pierde al mundo no es la escasez de políticos bien intencionados, sino la escasez de piernas bonitas.

MARÍA LUISA. – Estás hablando como un ortopédico cualquiera.
(Por la derecha sale LAURENCIA. Es la madre de MANUEL y MARÍA LUISA.)

LAURENCIA. – Hola, hijos. ¿Y papá?
(Suena otro tiro. Cae un conejo desde el telar.)
¡Ah, está cazando!
(Por la escalera baja BOBI, recoge el conejo y hace mutis por la derecha.)
¿De qué hablábais?

MARÍA LUISA. – De la vicetiple.

MANUEL. – Me parece que en vez de ocuparse tanto de Violeta, podíamos hablar un ratito del gran hombre.
(Silencio. LAURENCIA y MARÍA LUISA le miran con odio y sorpresa.)

LAURENCIA. - ¡Cualquier ofensa a ese genio la hago mía!

MARÍA LUISA. – Ya quisieras tú ser como él.

LAURENCIA. – Está fuera de todo comentario. Es un milagro.

MARÍA LUISA. – ¡Es el no va más!

LAURENCIA. - ¡Es el gran hombre! Por cierto… ¿a qué hora retransmiten el acto?

MARÍA LUISA. – Faltan aún unos minutos… ya estoy atenta, mamá.

MANUEL. - ¿Qué acto es ese?

LAURENCIA. - ¡Ah… no sabes? Le han dado el Premio Andorra, por sus trabajos científicos sobre la desintegración de los neutrones.

MARÍA LUISA. – Y posible aplicación de la misma en la fabricación de utensilios del hogar.

LAURENCIA. – Figúrate. Desintegras un neutrón y sale una escalera de mano.

MARÍA LUISA. – O una librería.

LAURENCIA. - Habrá medias de neutrones desintegrados.

MARÍA LUISA. – Y mesitas y sillas…

MANUEL. – Muy bien. ¿Y los árboles? ¿Qué va a ser de los árboles? Ya no se harán sillas de árboles ni mesas de árbol… ¿Qué vamos a hacer con los árboles?

LAURENCIA. – Los árboles se los dejarán a los perros.

MANUEL. - ¿Sabéis por qué inventa todo eso el gran hombre? Porque es feo…

MARÍA LUISA. - ¡Manolo!

MANUEL. - ¡Feo! Feo a rabiar. Feo como un cactus, como un caniche peludo o como una boda por la tarde. Feo…, es feo con ganas.

LAURENCIA. - ¡Calla, Manuel!

MANUEL. – Y si no fuera feo, no se ocuparía del átomo. Los guapos se ocupan de ver películas y de tomar café en Gaviria, y los feos, en desintegrar el átomo.

MARÍA LUISA. - ¿Quieres callar?

MANUEL. – Es más feo que un niño que sabe matemáticas. Y no comprendo cómo tú, María Luisa, puedes casarte con él mañana. ¡No lo comprendo!

MARÍA LUISA. - ¿Sabes que tiene catorce medallas? ¿Que le han dado el Premio Nobel? ¿Que es tres veces académico? ¿Que es una de las figuras más ilustres del país? ¿Que gracias a sus investigaciones el mundo ha progresado? ¿Qué ha conseguido que le atienda amablemente el portero de un ministerio?

MANUEL. – Todo ello me importa un pito. ¡Es feo!

MARÍA LUISA. – Entre la belleza insípida y el talento, me quedo con el talento.

LAURENCIA. - ¡Desde luego!

MARÍA LUISA. – Cuando él me habla olvido su rostro, sus manos velludas, sus ojos hundidos. Ya para mí no hay más que palabras, maravillosas palabras. ¡Es un gran hombre!

LAURENCIA. – Es la esperanza de Europa.

MARÍA LUISA. – Si él no nos salva…, ¿quién nos va a salvar?

MANUEL. - ¿Pero por qué nos tiene que salvar?

MARÍA LUISA. – Porque sí.

MANUEL. – Esta Europa parece una mala mujer. Siempre hay que echarle una mano para que se salve, y casi nunca sabemos de qué tiene que salvarse.
(Por la escalera aparece JONÁS). Viste de cazador, con morral y escopeta. Trae al cinto el pato, el conejo, la perdiz y el cuadro que "cazó" antes.)

JONÁS. - ¡Buena tarde he tenido! Y eso que han dejado una venta abierta y soplaba el viento de cara.
(Con naturalidad, como si llamara a su perro.)
¡Bobi! ¡Toma, Bobi!
(Sale Bibi, el criado, por la derecha.)

BOBI. - ¡Señor!

JONÁS. –*(Dándole la caza)* Llévate esto. Y mañana me compras una codorniz, que hace mucho que no las cazo.

BOBI. – Sí, señor. *(Medio mutis)* ¿Qué me aconseja el señor que haga con el cuadro? La perdiz puedo estofarla y el conejo ponerlo con tomate. Es lo tradicional. ¿Pero cómo guisamos el cuadro?

MANUEL. - Yo creo que el cuadro debes colgarlo, que es también lo tradicional.

JONÁS. – No me parece mala idea. Y eso que fue un disparo formidable. *(A BOBI.)* ¡Chist, chist! ¡Fuera, Bobi!

BOBI. – Como el señor mande.
(Hace mutis por la derecha.)

MANUEL. – Qué tal te ha encontrado el médico hoy, papá.

JONÁS. – Mejoro muy lentamente. Ha insistido en que no salga de casa y que ande lo menos posible. Como tú sabes, esto y mi afición por la caza ha sido lo que me ha determinado a…

MANUEL. – Sí, papá. A cazar en el hogar propio.

JONÁS. – *(A LAURENCIA.)* Dame cazalla, Laurencia.

LAURENCIA. – Sí, Jonás.

JONÁS. – Eso es. A cazar en mi casa. Te advierto que entre esto y el coto del duque de Cuéllar, me quedo con esto. Porque allí hay tres o cuatro puestos de mala muerte y aquí… el recodo entre el pasillo y el comedor…, y si es la puerta del despacho. Desde allí no se te escapa ni una mosca.

MARÍA LUISA. —Sí, pero ya has matado tres criadas.

JONÁS. —Echaron a correr con los disparos y me creí que eran gacelas.

LAURENCIA. —¡Que ya es creer!

(Le da la cazalla.)

Tu cazalla, chatito.

JONÁS. —Lo que necesito son especies grandes. *(A MANUEL.)* Hijo mío, un hipopótamo, un elefante, un gorila o un tigrecito cualquiera. ¡Si yo pudiera cazar un elefante o un gorila, sería el hombre más feliz del mundo! ¡Tanta perdiz aburre!

MARÍA LUISA. —¡La hora!

JONÁS. —¿De qué?

MARÍA LUISA. —Retransmiten la concesión del Premio Andorra.

JONÁS. —¿Hablará él?

LAURENCIA. —Como es natural.

JONÁS. —¡No nos lo perdamos! ¡Él! ¡Va a hablar él!

MANUEL. —*(Suspirando.)* ¡Él!

(MARÍA LUISA conecta la radio.)

LOCUTOR. —Sociedad de Entierros “El hipo final”. Servicios esmeradísimos. Cuota especial. Túmulo electrificado, ataúd de caoba, guirnaldas, banderines, acompañamiento que no habla de toros... Resuelva usted su muerte, ya que la vida no hay quien la resuelva. “El hipo final” le brinda un entierro que ya, ya...

LAURENCIA. —¿Pero no tiene que hablar él?

MARÍA LUISA. —Faltan unos segundos.

LOCUTOR. —Última hora. La policía ha detenido a una muchacha de veinte años, que afirma no haber salido nunca con ningún chico y no haber sido besada jamás. Se cree que se trata de una degenerada peligrosa. Estrechada a preguntas, acabó confesando que la ha besado, pero muy poquito. Además, que fue un ingeniero. ¡Ha sido puesta en libertad inmediatamente!

(Golpe de gong.)

MARÍA LUISA. —Ahora debe ser.

LOCUTOR. —Señores radioyentes. ¡Mucha atención! Ofrecemos a continuación un reportaje en cinta magnetofónica de la concesión del Premio Andorra a don Abelardo Sanchidrián, por su teoría sobre la desintegración de los neutrones, que abre un insospechado camino a la ciencia moderna.

(Otra voz.)

Señores. Acaba de ser entregado el premio al insigne sabio, gloria de la ciencia. Los delegados de los distintos países congregados en este salón de actos, han aplaudido al glorioso Sanchidrián frenéticamente. Se acerca a nosotros el delegado de los Estados Unidos, Mr. Tonzigam.
¿Su opinión, Mr. Tonzigam?

TONZIGAM. —Es un muy bonito teoría. Sanchidrián es un muy listo sabio. Mi Gobierno comprará teoría. Cheque en blanco. Soy contento de estar aquí. Toreros, capotes, manzanilla, mujeres. ¡Olé!

LOCUTOR. —Gracias, Mr. Tonzigam. Ahora es el delegado ruso quien se acerca a nuestro micrófono. ¿Su opinión, Chatowsky?

CHATOWSKY. —Esto ya lo hemos inventado nosotros.

LOCUTOR. —Han oído al delegado ruso.

(Ruido.)

Atención. El delegado ruso acaba de darle una patada en la espinilla al delegado norteamericano. Es de suponer que éste protestará enérgicamente. ¡Atención! Ante nuestro micrófono el delegado indio, Sir Pandit Alpur. ¿Su opinión?

PANDIT. —Descacha ragut caligut Bombay.

LOCUTOR. —¡Bravo!

PANDIT. —Minaretin bayader ramadán Rabindranath Tagore.

LOCUTOR. —¡Muy bien! Opiniones como ésta son las que debíamos tener siempre en cuenta. Atención. Junto a nosotros, el eximio, el insigne, el maravilloso… Junto a nosotros, el gran hombre. Escuchémosle.

(Pausa.)

ABELARDO. —Queridos amigos. Es para mí ésta una feliz coyuntura, una ocasión como ninguna. Me siento entre vosotros en mi Europa, la Europa eterna, la Europa que no muere ni morirá jamás. A mi derecha tengo al delegado de Argentina, a la izquierda tengo al del Perú, en frente tengo al de China. Hoy, aparte de mis experiencias sobre la desintegración de los neutrones, puedo anunciar un descubrimiento sensacional. He descubierto la fórmula para la fabricación de un arma que puede deshacer Europa en treinta y cinco segundos. ¡Una nueva era empieza.

(Aplausos frenéticos.)

Eso es todo y gracias. Me siento muy conmovido. ¡Viva Europa!

(Vítores. Varias voces al micrófono.)

MARÍA LUISA. *(Desconecta el aparato y se limpia una lágrima de emoción.)* —¡El mundo entero le aplaude!

LAURENCIA. —Tiene cifradas sus esperanzas en él.

JONÁS. —Estoy tan orgulloso, hija mía, de que mañana seas la esposa de ese genio.

LAURENCIA. —No podíamos haber encontrado un marido mejor.

MANUEL. —Pinchará con la barba.

MARÍA LUISA. —¿Eh?

MANUEL. —Digo que pinchará con la barba. Como tiene tanto pelo.

LAURENCIA. —En lugar de pensar esas frivolidades, debías imitarle y hacer algo serio.

MANUEL. —Por ejemplo, destruir Europa en treinta y cinco segundos.

JONÁS. —Hijo mío, eso al fin y al cabo es la civilización.

MANUEL. —Yo creí que la civilización sería ponernos todos de acuerdo y darle una mano de tortas a Abelardo.

MARÍA LUISA. —En lugar de eso, debías abandonar a la vicetiple, que es quien, seguramente, te mete en el cuerpo esas inmorales ansias de vivir alegremente y en paz.

LAURENCIA. —¡Tiene razón la niña!

(Mutis de Laurencia y María Luisa por la izquierda.)

JONÁS. —¿Qué pasa con esa alimaña herética?

MANUEL. —Está en un teatro. Sale con veintidós más.

JONÁS. —¿Qué hace esa carroña cantabile?

MANUEL. —Sale haciendo así. *(Imita un movimiento de baile.)*
De vez en cuando, dice: "Somos las rumberitas del amor y llevamos cañita de azúcar en la boquita. ¡Ay, niña Isabel!" También pasa hambre. Pero eso no lo canta.

JONÁS. —Hay modos mucho más morales para ganarse la vida, que decir que lleva cañita de azúcar en la boquita. En la boquita las personas decentes, lo más que llevan es la lengua. ¡Eso ha de terminar!

MANUEL. —¡Comprendo, papá!

JONÁS. —Y no te consiento que vuelvas a salir con una chica a la que tu madre ha calificado de 3.ª R.

MANUEL. —Sí. Ya sé.

JONÁS. —No sé qué ha podido darte ese demonio. ¡Un teatro de revista! Si por lo menos hubiese trabajado en un Teatro de Cámara.

MANUEL. —Se ríe, ¿sabes? De pronto tropieza y se ríe. La echan de la casa y dice: ¡Ahí va, qué juerga! No tiene para comer, y exclama: "¡La vas a diñar, Violeta!" Y cuando le dices: "Va a estallar la guerra", se ríe, se ríe, y dice: "¡Amos, no me asustes! La guerra pa su padre!" Y ya no hay modo de hablar con ella de guerra.

JONÁS. – Lo cual demuestra lo poco decente que es. Hoy lo decente es hablar de guerra y del Ayuntamiento. ¡Que no te vea más con ella!

MANUEL. —¡Sí, papá!

(Hace mutis Jonás por la izquierda. Cuando su padre se ha ido, Manuel se encoge de hombros. Por el foro aparece Laura. Es una muchacha estupenda, con una estupenda figura, un estupendo estilo y una voz estupenda. No sabemos por qué, pregunta:)

LAURA. —Perdone usted, señor. Encontré la puerta abierta. ¿Es aquí donde necesitan una profesora de piano?

MANUEL. *(Atónito.)* —¡Qué bárbara!

LAURA. —He dicho que si es aquí donde necesitan una profesora de piano.

MANUEL. *(Estupefacto.)* —¡Qué salvaje!

LAURA. —¿Me escucha? Profesora de piano.

MANUEL. — *(Embelesado.)* Sí. El horario de verano…

LAURA. — (*Medio mutis)* ¡No debe ser aquí!

MANUEL. — ¡Ah!, espere…, ¡no se marche!

LAURA. — ¿En qué quedamos? ¿Es aquí o no es aquí?

MANUEL. — Según lo que sea.

LAURA. — Una profesora de piano.

MANUEL. — Ah…, desde luego. Naturalmente. Sí; aquí es. Se necesita urgentemente una profesora de piano, suponiendo que usted sea profesora de piano.

LAURA. — Lo soy.

MANUEL. — ¡Estupendo!

LAURA. — ¿Puedo conocer al alumno?

MANUEL. — No hay inconveniente. Soy yo.

LAURA. — ¡Usted!

MANUEL. — Sí. Adoro el piano. Es mi vocación. Necesito aprender piano.

LAURA. — ¿Le urge mucho?

MANUEL. — Muchísimo. A lo mejor en seguida me tengo que ir a la guerra.

LAURA. — ¿Y para qué quiere usted saber piano en una trinchera?

MANUEL. — Saber piano no molesta nunca, señorita.

LAURA. — Está bien. Podemos empezar ahora mismo. ¿Dónde está el piano?

MANUEL. — ¡Ah!… ¡Pero es que necesita piano?

LAURA. — No pensará usted tocar el piano en una mesa.

MANUEL. — En una mesa, señorita, no pienso tocar más que una mesa.

LAURA. — Es usted muy agudo.

MANUEL. —Bueno… Eso del piano lo arreglamos en seguida.

(Coge el teléfono. Consulta rápidamente un número en el listín telefónico.)

Oiga, necesito un piano. Quiero que sea un piano bonito y alegre. Un piano que no transija con el mantón de Manila encima. Pero tengo prisa…, mucha prisa. Un piano… romántico, con muchas las… *(Se interrumpe.)* ¿Eh? ¿No es la fábrica de pianos?... Usted perdone. *(A LAURA.)* Es cosa de un momento. *(Vuelve a marcar.)* Oiga, ¿la fábrica de pianos?... Quiero un piano… No, no hace falta que tenga cola. *(A LAURA)* ¿Sin cola también se puede tocar Beguin de Beguin?

LAURA —Sí.

MANUEL —*(Al teléfono.)* ¡Oiga, sin cola!… Sí. ¡Eso es!... ¡Muy bien! Lo necesito rápidamente. No. Hoy. Ahora mismo. Apunte. Señor González. Avenida del Valle. Villa Laurencia. ¡Gracias! *(Cuelga.)* ¡Ya está!

LAURA —Está bien. Volveré dentro de un rato.

MANUEL —No. Esperemos juntos. Un piano lo sirven en seguida. No es una conferencia telefónica.

(La conduce al ventanal.)

MANUEL —Mire, señorita. Está llegando la primavera. La primavera viene como los cuarenta años, sin que nos demos cuenta. Y de pronto, las chaquetas nos huelen a Chanel núm. 5. Y las mujeres se vuelven todas bonitas. ¡Todas! Cualquier casada gorda puede ser Rita Hayworth un día de primavera. Además, es posible que éste sea mi último día de primavera. La guerra...

LAURA —¡Bah! No me asuste usted. La guerra..., la guerra...

MANUEL —*(Entusiasmado.)* Para su padre... ¿verdad?

LAURA —*(Ofendida.)* O para el suyo, señor mío.

MANUEL —No se enfade. Es una frase que hizo una Violeta... una frase que han hecho todas las violetas del mundo.

(En el ventanal, contento y tierno.)

Me llamo Manuel.

LAURA —Me llamo Laura.

(Se cogen de la mano y hacen mutis por el ventanal. Pausa. Voces de multitud. Sale MARÍA LUISA muy nerviosa.)

MARÍA LUISA —¡Papá! ¡Papá! ¡Manolo! ¡Venid en seguida! ¡Llega él! ¡Llega él! ¡Papá!

(Por la derecha sale BOBI.)

BOBI —¿Quién llega?

MARÍA LUISA. – *(Asustándole.)* ¡Hala, BOBI! ¡Hala, BOBI! ¡Hala, llama a papá! ¡Toma... toma!

(Le tira una pelota de papel a la parte alta de la escalera. BOBI, con un gesto de desagrado, sube la escalera, recoge la pelota y hace mutis por la puerta. Sale LAURENCIA, muy agitada.)

LAURENCIA. – Oigo vivas. ¿Es él?

MARÍA LUISA. – ¡Sí! ¡Es él! ¡Viene seguido de media ciudad! ¡Papá! ¡Papá!

(Por la escalera sale JONÁS.)

JONÁS. – ¿Es él?

LAURENCIA. – ¡Sí... él!

(Los tres miran por el ventanal.)

JONÁS. – ¡Ah, sí... aquél es! Lo llevan en hombros y saluda con un sombrero negro.

MARÍA LUISA. – No te confundas, papá. Ese es un torero. Abelardo es el otro, que va también en hombros. Y con lo que saluda el torero, no es con un sombrero, sino con la montera.

LAURENCIA. – ¡Qué asco de toreros, hija! Siempre aprovechándose de los éxitos de los demás.

JONÁS. – *(Apuntando con la escopeta.)* ¿Queréis que mate al torero?

MARÍA LUISA. – *(Apartando la escopeta.)* ¡No, papá! No dispares, que se acaba el entusiasmo.

LAURENCIA. – Se disgregan.

JONÁS. – Será que llevan al torero a la Feria de Sevilla.

MARÍA LUISA. – ¡Ah... aquí llega él!

(Crecen los rumores.)

VOZ DENTRO. – ¡Viva Sanchidrián!

OTRA VOZ. – ¡Vivan las bombas!

JONÁS. – Ábrele... ábrele. Y contén a la multitud. *(A gritos.)* ¡BOBI...! ¡Toma, BOBI!

(Silba. Aparece BOBI en la escalera. Baja apresuradamente.)

Prepara unas copas y unas almendritas y avellanas, cacahuetes, aceitunas... Vamos a ofrecerle una copa de vino español, así que saca esa botellita de Burdeos que pone encima: “Arsénico. No se toque”.

BOBI. – ¡Guau, señor!

(Mutis apresurado por la derecha. LAURENCIA hizo mutis a su vez por el foro izquierda. Ahora entra y dice:)

LAURENCIA. – ¡Aquí está él!

(Pausa. En el foro aparece ABELARDO. Pequeñito, feo, peludo. Viste con desaliño y anda con grandes zancadas.)

MARÍA LUISA. – ¡ABELARDO!

JONÁS. – *(Abrazándole.)* ¡Eminencia!

MARÍA LUISA. – ¡ABELARDO, qué feliz soy!

JONÁS. – ¡Ya hemos escuchado el reportaje! ¡Un día glorioso!

LAURENCIA. – Hijo mío, tus entusiastas quieren que les dirijas la palabra.

(El pobre ABELARDO está un poco conmovido. Se encoge de hombros con humildad.)

MARÍA LUISA. – No puedes negarte.

JONÁS. – Los sabios no se pertenecen. Pertenecen al mundo.

LAURENCIA. – Vamos, hijo.

(ABELARDO, tras un nuevo encogimiento de hombros, se dirige al ventanal. Pide silencio.)

ABELARDO. – ¡Gracias por vuestro entusiasmo! No lo merezco. Lo que yo he hecho no tiene importancia. Lo que yo he hecho lo hace cualquiera. Porque... decidme, ¿quién no se siente capaz de imaginar un arma nueva, teniendo en cuenta la existencia de Pi? Sí, Pi, 3,1416. Ese número mágico, ese magnífico número con el que todo se puede realizar. ¿Qué es la bomba atómica? Uranio más Pi. ¿Qué es el cañón antitanque? Pólvora más Pi. ¿Qué es el asombroso pito del tren? Pi más Pi y más Pi.

(Bravos, ovaciones.)

Y ahora a trabajar todos por Europa, que hay que salvar las ruinas del Partenón, las ruinas de la Vía Apia, las ruinas de Colonia y sesenta ruinas más, que junto con los existencialistas parisinos y cuarenta estudiantes españoles que han ido a París a saborear Europa y están siempre... metidos en los cabaret, forman una cosa importante. ¡Hasta otra, guapos!

(Bravos. Ovaciones delirantes. ABELARDO se retira del ventanal muy fatigado.)

JONÁS. — ¡Qué dialéctica!

MARÍA LUISA. — Cuéntanos, Abelardo.

LAURENCIA. — Sí, cuéntanos.

ABELARDO. — No, ahora no. Estoy fatigado. Prefiero sentarme junto a ti, María Luisa, mirarme en tus gafas, muy adentro, como si quisiera descansar en ellas, y luego dormir. ¡Tengo tanto que trabajar!

MARÍA LUISA. — ¡Mi vida! ¡A partir de mañana, yo seré quien te cuide y te descanse… yo sola. Seré tu esposa.

ABELARDO. — (*Que lo había olvidado.)* ¿Mañana?

LAURENCIA. — Claro…, mañana.

ABELARDO. — A ver. (*Registrándose los bolsillos).* ¿Dónde tendré yo el dietario?

JONÁS. — *(*Solícito.) ¡A ver, un dietario para Abelardo!

ABELARDO. — No, gracias. *(Le muestra un cuadernito.)* Aquí está. Veamos. (*Lo hojea.)* Comprar unas ligas… Cuarto kilo de café, quince pesetas. *(A los otros.)* Hablando de todo… ¿cómo está la vida, eh?

LAURENCIA. — ¡Y que lo diga usted!

MARÍA LUISA. — ¡Ya… ya!

ABELARDO. — Es que para vivir hoy en día con comodidad, hay que inventarse por lo menos treinta bombas al año.

LAURENCIA. — Y aun así, los finales de mes…

ABELARDO. — Qué me va a decir, si hace dos años para poder terminar el mes me tuve que inventar una bala. A ver mi lápiz… *(Buscándose en los bolsillos.*) ¿Dónde tendré yo el lápiz?

JONÁS. — *(Solicito.)* ¡A ver, un lápiz para Abelardo!

ABELARDO. — *(Que lo encuentra.)* ¡Aquí está! ¡Aquí está! Gracias. *(Apunta.)* Inventar reactivo mononuclear para abaratar el café. (*A MARÍA LUISA.)* ¿Decías que mañana? Mira, pues lo tengo puesto pasado mañana. ¡Dios mío!… ¿Dónde tendré yo la cabeza?

JONÁS. — *(Solicito.)* ¡A ver, una cabeza para Abelardo!

ABELARDO. — Pues es un conflicto. Porque va a haber que avisar a los invitados, y a la iglesia… que se aplaza un día… ¡O también podíamos poner un anuncio. ¡Vaya fastidio! Y el caso es que no se me ocurre nada para arreglarlo.

(*Todos se quedan pensativos. ABELARDO sonríe.*)

ABELARDO. — Bueno… hay una solución.

LOS TRES. — ¿Cuál?

ABELARDO. — En vez de ponerlo en el dietario pasado mañana, ponerlo mañana.

JONÁS. — (*Admirado.*) ¡Qué bárbaro!

LAURENCIA. — ¡Qué talento!

MARÍA LUISA. — ¡Lo que no se te ocurra a ti!

ABELARDO. — (*Escribe en el dietario.*) ¡Ya está! ¡Nos casaremos mañana! (*Apunta.*) Organizar guateque.

(*Por la derecha sale BOBI con una bandeja llena de platitos y vasos.*)

JONÁS. — (*Indicándole una mesita.*) Ponlo aquí.

BOBI. — He traído también la perdiz que cazó el señor esta mañana. Justo, el cocinero, dice que está para chuparse los dedos.

JONÁS. — ¡Ya veremos! ¡Yo serviré! ¡Us, us! ¡Fuera!

(*BOBI asiente y hace mutis por la derecha.*)

¿Una avellana, Abelardo?

ABELARDO. — Si usted me lo permite, voy a coger dos.

JONÁS. — Como si quieres las tres. Aquí estás en tu casa.

(*En el foro aparecen dos hombres vestidos de mono, corpulento y de aspecto inquietante uno de ellos. El otro, por el contrario, pequeño e insignificante.*)

HOMBRE 1.º — (*Al grupo.*) Oiga… ¿qué hacemos con el piano?

JONÁS. — ¿Con qué piano?

HOMBRE 1.º — Con el que hemos traído.

LAURENCIA. — ¿Han traído ustedes un piano?

HOMBRE 1.º — (*Impertinente.*) Así, como suena.

LAURENCIA. — (*Ofendida.*) ¿Cómo suena qué?

JONÁS. — Déjalo, mujer. Será como suena el piano.

HOMBRE 1.º — ¿Dónde lo ponemos?

JONÁS. — ¡Pero qué piano es ése?

HOMBRE 1.º — Un Tallard, París. Rue de la Filarmonic, trois.

JONÁS. — Me refiero a que por qué quiere usted colocar un piano aquí.

HOMBRE 1.º — (*Leyendo un papel.*) Un momento. Señor González. Avenida del Valle. Villa Laurencia. ¿Es usted?

JONÁS. — Pues sí.

HOMBRE 1.º — (*A HOMBRE 2.º*) Vamos, Pepe.

JONÁS. — Espere usted. Yo no he pedido ese piano.

HOMBRE 1.º — Caballero, hemos descargado ya el piano desde la camioneta y usted puede imaginarse lo que pesa un piano. De modo que yo coloco el piano aquí, y si ustedes no lo saben tocar, se hacen amigos de Cúbiles, y que venga a darle al aparato.

ABELARDO. — (*Interviniendo.*) Querido obrero…

HOMBRE 1.º — (*Estupefacto ante la fealdad de ABELARDO.*) ¡Chavó, Pepe, mira qué fulano! ¿En qué película lo he visto yo?

ABELARDO. — Su posición es básicamente absurda. Un piano no pesa. No puede pesar.

HOMBRE 1.º — ¡Me lo va usted a decir a mí!

ABELARDO. — Escuche atentamente. ¿Cuánto pesa usted?

HOMBRE 1.º — Ochenta y gramos. Depende del desayuno.

ABELARDO. — Peso del piano. Pongamos trescientos kilogramos. Peso de usted: ochenta. Fuerza gravitatoria, veinte, tendiendo al infinito. De donde, como peso de piano viene en función de la diferencia entre densidad molecular y densidad específica. Raíz de menos veinte por A menos Z, más X. Igual… a doscientos veinte, añadamos los ochenta kilogramos que pesa usted. ¿Cuánto es?

HOMBRE 1.º — Trescientos.

ABELARDO. — El piano pesa…

HOMBRE 1.º — Trescientos.

ABELARDO. — Trescientos menos trescientos.

HOMBRE 1.º — (*Atónito.*) Cero.

ABELARDO. — El piano, pues, no pesa. Cárguenlo otra vez en la camioneta.

HOMBRE 1.º — (*Al mutis.*) ¡Chavó, Pepe, cómo discurre el feo! Estás viendo como de lo que te duelen a ti los riñones es de frío y no de cargar pianos.

(*Mutis por el foro.*)

JONÁS. — Gracias, hijo. Si no llega a ser por ti… ¡Estos obreros siempre son lo mismo! Ahora resulta que un piano lo lleva cualquiera.

(*Por el ventanal entra MANOLO con LAURA.*)

MANOLO. — ¡Hola, Abelardo!

ABELARDO. — Qué hay, Manolito. (*Como un insulto.*) Poeta… ¿cómo te va?

MANUEL. — Estupendo… Estoy aprendiendo piano.

LAURENCIA. — ¿Piano?

MARÍA LUISA. — ¿Pero, qué ocurre aquí hoy, que todo el mundo habla de lo mismo?

JONÁS. — Entonces… ¿has sido tú el que has encargado un piano?

MANUEL. — ¡Claro!

JONÁS. — ¿Por qué razón?

MANUEL. — Por ésta… vez, papá, voy a permitirme dar razones hasta que veáis cómo toco “La rosa del azafrán”. ¿Y el piano?

LAURENCIA. — Cargándolo otra vez para llevárselo.

MANUEL. — ¡Imposible! (*Desde el ventanal.*) ¡Eh… oiga! ¡Oiga! ¡El del piano!… ¡Venga aquí!

(*Por el ventanal entran HOMBRE 1.º y HOMBRE 2.º*)

HOMBRE 1.º — Mande usted.

MANUEL. — ¿Han cargado ya el piano?

HOMBRE 1.º — Sí, señor. Ya está en la camioneta.

MANUEL. — Pues descárguelo otra vez.

HOMBRE 1.º — (*Aterrado.*) ¡Otra vez!… ¡Pero si me habían dicho…!

MANUEL. — Yo le digo a usted que lo descargue. Y hemos terminado.

HOMBRE 1.º — Sí, señor. (*Al otro, al mutis.*) Figúrate, Pepe, si el piano llega a pesar.

LAURENCIA. — Bueno, supongo que ahora nos presentarás a esta señorita. ¿Es la vicetiple?

MANUEL. — Ni mucho menos. Es mi profesora de piano, Laura Gálvez.

LAURA. — Mucho gusto.

LOS OTROS. — Encantados.

JONÁS. — ¿Y desde cuándo te ha dado a ti por aprender piano?

LAURENCIA. — Eso… ¿desde cuándo?

MARÍA LUISA. — Te has aficionado de pronto a la música, ¿no?

ABELARDO. — El piano, Manolito, es una ocupación poco práctica. ¿Qué sacará la humanidad de que tú toques el piano?

MANUEL. — Verás, Abelardo. Yo te explicaré cómo el piano puede ser un beneficio inmenso para la humanidad. (*A LAURA.*) Dinos, Laura. ¿Cómo fue? ¿Cómo te dedicaste a estudiar piano?

LAURA. — Pues… en realidad, no sé por qué. El caso es que yo era una niña con tirabuzones. Toqué un día una tecla, otro día otra. A la semana, ya tocaba aquello de *No me mates con tomate*. Papá casi nunca estaba en casa, venía siempre a las ocho de la tarde y si yo preguntaba antes por él, mamá me decía muy triste: “Papá tiene otra casa.” Cuando papá venía, no me miraba apenas. Sólo miraba a mamá, que se había puesto un kimono para recibirle. Un día yo toqué una tecla. Papá por vez primera me miró. “Qué niña tan guapa”, me dijo. “¿No sabes tocar más?” Y yo, entonces, toqué lo de *No me mates con tomate*. Él entonces sonrió y dijo: “Eres muy lista.” Yo me llamaba de apellido Fernández, como mi mamá. Pero después de haberme oído tocar el *No me mates con tomate*, aquel día papá dijo a mamá: “Mañana lo arreglo. Te lo juro.” Y al otro día me llamé Gálvez Fernández… no sé por qué. Desde entonces no tuve más remedio que tocar el piano.

MANUEL. — Exacto. Y añádele a eso que tú no tuvo más remedio que ponerse así de guapa. (*Con entusiasmo.*) Observa, papá. ¿Qué ves aquí? (*Señala los ojos de LAURA.*)

JONÁS. — Dos ojos.

MANUEL. — ¿Qué más?

JONÁS. — Dos ojos negros.

MANUEL. — ¿No ves aquí el Paraíso?

JONÁS. — Yo no. ¿Y tú? (*A ABELARDO.*) ¿Tú ves algo?

(*Los dos, mirándole los ojos muy cerca.*)

ABELARDO. — Yo no.

MANUEL. — Vamos, si está clarísimo. Ahí… ¿no veis ahí el árbol con la manzanita?… Y aquí un tigre jugando con una pelotita de papel.

MARÍA LUISA. — (*Que mira también.*) Yo lo único que veo es un ojo.

LAURENCIA. — ¡Y yo! Aquí hay una sombra que parece un tigre.

ABELARDO. — Eso o se ve a simple vista o no se ve.

ABELARDO. — Y bien, Manolito, ¿qué beneficio puede sacar la humanidad de que esta chica se llame Gálvez, toque *La rosa del azafrán* y tenga un tigre en los ojos?

MANUEL. — Sencillamente, por un piano alguien se sintió emocionado, por un piano una niña con tirabuzones se llamó Gálvez y no Fernández como su mamá. Gracias a todo eso, en sus ojos hubo un paraíso y el paraíso me ha terminado a trabajar.

LAURENCIA. — ¡No!

MANUEL. — Sí… como lo oís. Voy a trabajar. Seré pianista.

JONÁS. — Vaya milagro. Señorita, no esté usted tan callada. Diga algo.

LAURA. — No sé.

LAURENCIA. — Sí, señorita, diga algo… ande.

LAURA. — Pues… bueno, pues… ¡Re!

JONÁS. — ¡Muy agradable!

LAURENCIA. — Tiene ingenio la muchacha y es discreta.

JONÁS. — La estudiaremos. Cualquier cosa antes que la vicetiple. (*A MANUEL.*) Puedes aprender piano, hijo mío. Pero con las reglas que la decencia exige para estas cosas. Nada de mambos, ni de boleros y, por supuesto, ni una sola pieza a cuatro manos, que a lo mejor fallas una nota y le tocas un dedo. Cuando queráis interpretar algo frívolo, os recomiendo aquello de:

Aquí traigo unas medias de seda
color carmesí.
Pero hasta allí.

Quiera Dios que a Luisita le gusten
lo mismo que a mí,
creo que sí.

MANUEL. — Descuida, papá. Por lo pronto vamos a aprender el himno de los zapadores del Regimiento María Cristina.

LAURENCIA. — Buen principio.

(*BOBI entra por el foro con una tarjeta.*)

BOBI. — Este señor pregunta por don Abelardo.

ABELARDO. — (*Lee la tarjeta.*) Mr. Jhon F. Tonzigam, ¡El delegado norteamericano!

MARÍA LUISA. — Podemos decirle que no estás.

ABELARDO. — ¡Nada de eso! ¡Tengo que recibirle!

JONÁS. — (*A BOBI.*) Hala, Bobi. Dile que pase y le subes al saloncito de arriba. ¡Hala! ¡Us, us!

(*BOBI hace mutis por el foro.*)

JONÁS. — Sube. Estarás mejor arriba, Abelardo. Yo te conduciré.

ABELARDO. — (*A MARÍA LUISA.*) En seguida estoy contigo, María Luisa.

MARÍA LUISA. — No tardes, genio. Un minuto lejos de ti es para mí un siglo.

ABELARDO. — No digas tonterías, mujer. Un minuto es siempre un minuto.

(*Sube con JONÁS la escalera.*)

LAURENCIA. — Tú ven conmigo. Hay que extender más invitaciones. Todavía nos faltan seis o siete viejas.

MARÍA LUISA. — Como quieras, mamá.

(*Hacen mutis por la izquierda. Por el foro entran BOBI, MR. TONZIGAM y MISS CAYÓH, su secretaria, ridículamente fea. MR. TONZIGAM, correcto, estirado y frío, saluda a LAURA.*)

TONZIGAM. — Señorita, mis respetos. Soy Jhon F. Tonzigam, delegado de los Estados Unidos de América en la reunión científica de esta tarde. Miss Cayóh, secretaria de mí.

CAYÓH. — Haw are you?

LAURA. — Honradísima.

BOBI. — Si ustedes quieren seguirme…

TONZIGAM. — Well. Bonita casa. Sabor español. Genio de la España eterna. Mesita de árbol de un bosque segoviano. Romantic play. Silla a la cordobesa. Beautiful chass. ¡A las buenas tardes!

(*Sube la escalera junto con MISS CAYÓH.*)

LAURA. — ¡Qué secretaria más rara!

MANUEL. — Yo hubo una temporada que me dio por aprender inglés, pero lo sabían tan bien, que llegaron a creer que era inglés de verdad y me echaban de todas partes.

LAURA. — Yo quise una vez ser secretaria, pero no pude lograrlo. Tengo los tobillos un poco gordos.

(*Han hecho mutis por la derecha. Pausa. Por el ventanal asoma la cabeza CHATOWSKY. Luego entra con mucho cuidado. Trae un morrión que le llega hasta las cejas y un abrigo de piel con amplias solapas. Sobre el abrigo, seis o siete condecoraciones muy brillantes y aparatosas. Avanza y mira recelosamente a todas partes. Luego se sienta en la mesita, donde BOBI colocó el vino y los tapetes, contemplándolo todo con profundo disgusto. Prueba con los dedos la perdiz.*)

CHATOWSKY. — (*Masticando con toda su alma.*) Perdiz estofada. ¡Asquerosa comida burguesa! (*Se sirve vino.*) Burdeos. La parte de Francia donde hay más católicos y burgueses. (*Bebe a todo meter.*) ¡Para colmo… cacahuetes! Aperitivo de millonarios desocupados. ¡Avellanas! Menos mal. Las avellanas son más democráticas en principio. Habrá que depurarlas. (*Se echa el plato de*

avellanas en el bolsillo del abrigo. Busca en la mesita.) No habrá por aquí un repugnante cigarro puro. ¡Nada! Los occidentales, como siempre, infieles a sus principios.

(*Por el ventanal entran el HOMBRE 1.º y el HOMBRE 2.º; vienen molidos, sobre todo el segundo, que ya tiene cierta edad y parece que le va a dar un ataque de hemiplejía.*)

HOMBRE 1.º — (*Con voz quejumbrosa.*) ¿Dónde ponemos el piano?

CHATOWSKY. — ¿Qué piano?

HOMBRE 1.º — ¡Y dale! ¡El piano! El que han encargado aquí.

CHATOWSKY. — Y yo qué Volga sé de donde puede usted colocar un artefacto tan cursi, burgués y antisocialista como es un piano.

HOMBRE 1.º — Mire, amigo. He cargado con el piano ya tres veces. No puedo con mi alma. Junto al camión se ha arremolinado la gente, todos creen que se trata de un concurso de fuerza y nos aplauden cada vez que cogemos el piano. Hay dos viejas que quieren tocar *El relicario* en plena calle.

CHATOWSKY. — Camarada… ¿por qué cargas tú el piano?

HOMBRE 1.º — ¡Chavó, macho! ¡Porque es mi trabajo!

CHATOWSKY. — (*Meloso.*) Ingenuo obrerito. Palomita torcaz, maltratada por el odio capitalista. Ese piano es tu cadena, tu oprobio. Rebélate. Di a los que han encargado el piano que lo suban ellos.

HOMBRE 1.º — ¿Y entonces, de qué comemos la parienta y yo?

CHATOWSKY. — La parienta puede dedicarse a hacer planchas para acorazados, y tú hazte obrero fundidor.

HOMBRE 1.º — Mire. Yo soy un tío que lo único que sabe hacer es cargar pianos, y estoy pero que muy contento cargándolos, porque no todo el mundo sabe darle a un piano pa arriba y pa abajo. A mí me mete usted de fundidor y paralizo la industria nacional.

CHATOWSKY. — Voy a ponerte un ejemplo, conejito peludo, aprisionado en el cepo de la baba aristocrática. En mi país, yo soy ruso…

(*El HOMBRE 2.º da media vuelta y se va a marchar, pero su compañero lo detiene.*)

HOMBRE 1.º — Achata, a ver por dónde sale.

CHATOWSKY. — Vladimir Sasnia Chatowsky, de profesión delegado. En mi país, un obrero de Kiev, que cargaba pianos, Alexander Sonatinof, harto de aquel oficio repulsivo, le dio un puntapié al piano y se hizo poeta. Todos recordamos su “Canto al tractor” o su oda “A la fundición de Charcof” o su “Himno a la biela manivela”.
De este último me vienen a la memoria unos versos:

“Como marcha el barco de vela,
dejando en el mar de Azof fúlgida estela,

y como marcha la vicetiple en la pasarela,
cantando una alegre tarantela,
marcha la biela manivela.”

(*Estupor en los dos hombres.*)

Como da vueltas la cocinera a la besamela,
y un lector a la edición de Marianela,
y una muchacha alta y algo lela
a su blanca y estúpida pamela,
da vueltas la biela manivela.

¿Qué? ¿Qué tal? ¿Qué os parece?

HOMBRE 1.º — Hombre… Yo, de versos no entiendo; pero a mí lo que me gusta es eso de: “No es verdad, ángel de amor, que en esta apartada orilla…” Y en cuanto a hacer versos, yo le dediqué uno a mi mujer, cuando éramos novios, que todos decían que estaban muy bien. “Ay, Paca; me gustas más que la carne de vaca y contigo no tiro de estaca… ¡Ay, Paca!” Pero a mí no me saque usted de ahí.

CHATOWSKY. — Como siempre. Débiles, enfermizos, omnubilados.

(*Abre el abrigo y descubrimos en su cinto un hacha, dos bombas de mano, varios revólveres y una red. Elige un revólver y, apuntando a los otros dos, grita.*)

¡Cargad el piano y… dejadme en paz!

HOMBRE 1.º — Pero…

CHATOWSKY. — ¡Cargadlo, os digo… y que Lenin os maldiga!

HOMBRE 1.º — Mi compañero padece del corazón.

CHATOWSKY. — Los débiles deben sucumbir… ¡Cargad el piano!

(*Los dos hombres hacen mutis por el ventanal, corriendo. Por la derecha sale MANUEL. Se acerca a la mesa, buscando inútilmente la perdiz estofada. Desde dentro se oye tocar al piano “El relicario”.*)

Si busca usted la perdiz estofada, se la ha comido un hijo del pueblo.

MANUEL. — ¿De qué pueblo?

CHATOWSKY. — Del pueblo en general. Del pueblo como masa. Del pueblo como entidad.

HOMBRE 1.º — Mire, amigo. He cargado con el piano ya tres veces. No puedo con mi alma. Junto al camión se ha arremolinado la gente, todos creen que se trata de un concurso de fuerza y nos aplauden cada vez que cogemos el piano. Hay dos viejas que quieren tocar *El relicario* en plena calle.

CHATOWSKY. — Camarada… ¿por qué cargas tú el piano?

HOMBRE 1.º — ¡Chavó, macho! ¡Porque es mi trabajo!

CHATOWSKY. — (*Meloso.*) Ingenuo obrerito. Palomita torcada, maltratada por el odio capitalista. Ese piano es tu cadena, tu oprobio. Rebélate. Di a los que han encargado el piano que lo suban ellos.

HOMBRE 1.º — ¿Y entonces, de qué comemos la parienta y yo?

CHATOWSKY. — La parienta puede dedicarse a hacer planchas para acorazados, y tú hazte obrero fundidor.

HOMBRE 1.º — Mire. Yo soy un tío que lo único que sabe hacer es cargar pianos, y estoy pero que muy contento cargándolos, porque no todo el mundo sabe darle a un piano pa arriba y pa abajo. A mí me mete usted de fundidor y paralizo la industria nacional.

CHATOWSKY. — Voy a ponerte un ejemplo, conejito peludo, aprisionado en el cepo de la baba aristocrática. En mi país, yo soy ruso…

(*El HOMBRE 2.º da media vuelta y se va a marchar, pero su compañero lo detiene.*)

HOMBRE 1.º — Achata, a ver por dónde sale.

CHATOWSKY. — Vladimir Sasnia Chatowsky, de profesión delegado. En mi país, un obrero de Kief, que cargaba pianos, Alexander Sonatinof, harto de aquel oficio repulsivo, le dio un puntapié al piano y se hizo poeta. Todos recordamos su “Canto al tractor” o su oda “A la fundición de Charcof” o su “Himno a la biela manivela”.
De este último me vienen a la memoria unos versos:

“Como marcha el barco de vela,
dejando en el mar de Azof fúlgida estela,
y como marcha la vicetiple en la pasarela,
cantando una alegre tarantela,
marcha la biela manivela.”

Página 35

(*Estupor en los dos hombres.*)

Como da vueltas la cocinera a la besamela,
y un lector a la edición de Marianela,
y una muchacha alta y algo lela
a su blanca y estúpida pamela,
da vueltas la biela manivela.

HOMBRE 1.º — ¿Qué? ¿Qué tal? ¿Qué os parece?

HOMBRE 2.º — Hombre… Yo, de versos no entiendo; pero a mí lo que me gusta es eso de: “No es verdad, ángel de amor, que en esta apartada orilla…” Y en cuanto a hacer versos, yo le dediqué uno a mi mujer, cuando éramos novios, que todos decían que estaban muy bien. “Ay, Paca; me gustas

más que la carne de vaca y contigo no tiro de estaca… ¡Ay, Paca!” Pero a mí no me saque usted de ahí.

CHATOWSKY. — Como siempre. Débiles, enfermizos, omnubilados.

(*Abre el abrigo y descubrimos en su cinto un hacha, dos bombas de mano, varios revólveres y una red. Elige un revólver y, apuntando a los otros dos, grita.*)

CHATOWSKY. — ¡Cargad el piano y… dejadme en paz!

HOMBRE 1.º — Pero…

CHATOWSKY. — ¡Cargadlo, os digo… y que Lenin os maldiga!

HOMBRE 1.º — Mi compañero padece del corazón.

CHATOWSKY. — Los débiles deben sucumbir… ¡Cargad el piano!

(*Los dos hombres hacen mutis por el ventanal, corriendo.*
Por la derecha sale MANUEL. Se acerca a la mesa, buscando inútilmente la perdiz estofada. Desde dentro se oye tocar al piano “El relicario”.)

CHATOWSKY. — Si busca usted la perdiz estofada, se la ha comido un hijo del pueblo.

MANUEL. — ¿De qué pueblo?

CHATOWSKY. — Del pueblo en general. Del pueblo como masa. Del pueblo como entidad.

MANUEL. — ¿Y dónde está ese hijo del pueblo?

CHATOWSKY. — Hele. Chatowsky, delegado de la U. R. S. S.

MANUEL. — ¡Caramba, un ruso! Pues hacía la mar de tiempo que no veíamos uno. (*Llama.*) ¡Laura! ¡Sal, que aquí hay un ruso!

(*Sale LAURA por la derecha, comiendo un bocadillo de jamón.*)

LAURA. — ¿Me llamabas?

MANUEL. — Mira. Este señor es un ruso.

LAURA. — ¡Ahí va!

MANUEL. — En confianza, ¿usted es un ruso o el barítono de “Katiuska”?

CHATOWSKY. — No consiento la más leve burla sobre el particular. Soy más ruso que un francés.

LAURA. — Es que ya sabe usted lo que somos aquí, que llega Carnaval y nos da por ponernos hechos unos fantoches.

MANUEL. — La verdad es que voy creyendo que este señor es un ruso. No ha hecho más que entrar y se ha comido la perdiz estofada. Si llega a estar Polonia encima de la mesita, se la come igual y se queda tan fresco. (*Muy amable.*) Pero siéntese, Chatowsky.

CHATOWSKY. — Odio la decadente cortesía occidental. Además que sentado presento la nuca como nadie. Permaneceré en pie.

MANUEL. — Y ahora, ¿podemos saber a qué ha venido usted, aparte de a comerse la perdiz?

CHATOWSKY. — Un servicio secreto.

MANUEL. — Entonces, la visita de míster Tonzigam…

CHATOWSKY. — Le he seguido hasta aquí. Me figuraba sus propósitos.

LAURA. — Luego usted se propone…

CHATOWSKY. — Yo no me propongo nada. A mí me lo proponen todo cabe el Kremlim. Yo soy un mandado. A mí el camarada Malenkof me dice: “Mira, Vladimiro: vete a ver hasta cuándo te aguantan.” Y yo voy. Eso es todo. Nada de preguntas coactivas.

(*En este momento aparecen por la escalera ABELARDO, MÍSTER TONZIGAM y MISS CAYÓH. El gran hombre les viene huyendo.*)

ABELARDO. — Lo siento, míster Tonzigam. De momento no puedo satisfacer sus deseos.

TONZIGAM. — Pero, míster Sanchidrián. Yo pagaré lo que pida. Ese arma nos es imprescindible.

ABELARDO. — No puedo… no puedo.

(*CHATOWSKY les corta el paso.*)

TONZIGAM. — ¡Maldición! ¡El ruso!

CHATOWSKY. — Señor Sanchidrián…

ABELARDO. — Chatowsky.

CHATOWSKY. — Puedo hacerle una proposición más interesante que la de míster Tonzigam.

ABELARDO. — Inútil. No entregaré la fórmula de mi nueva arma. Tengo que perfeccionarla. Ahora sólo puedo matar dos millones de hombres por explosión. Con trabajo, fe y decisión podrá, Dios mediante, matar cinco millones de hombres. Amigos, comprended. La civilización europea exige estos trabajos, y yo no puedo ser traidor a la esperanza que en mí ha depositado media Europa.

TONZIGAM. — Sí, porque la otra media está escabechada por los compatriotas de este amigo.

MANUEL. — (*A LAURA.*) Siéntate, que esto es más divertido que una película de Cantinflas.

(*Se sientan como si estuvieran en el teatro.*)

CHATOWSKY. — Acabemos. ¿Qué es ese arma? ¿Una bomba…, un cañón…, unas pastillas para la tos?

ABELARDO. — Secreto.

TONZIGAM. — ¡Tres millones de dólares!

ABELARDO. — Lo siento.

CHATOWSKY. — Sesenta tractores.

ABELARDO. — Lo siento.

CHATOWSKY. — Un…

TONZIGAM. — ¡Usted se calla!

CHATOWSKY. — No me da la gana. ¡Se calla usted!

ABELARDO. — Por Dios, señores, que Europa…

CHATOWSKY. — Ni Europa ni nada. Todo esto es un asunto entre este señor y yo.

TONZIGAM. — Necesitamos este genio en Filadelfia.

CHATOWSKY. — Nosotros, en Leningrado.

(*Empiezan a tirar de él cada uno por una parte. MANUEL y LAURA aplauden.*)

MANUEL. — Bien… bien… ¡Que matan al sabio!

(*Entra el HOMBRE 1.º llevando en brazos al HOMBRE 2.º*)

HOMBRE 1.º — He cargado el piano, tal como me dijo el ruso.

TONZIGAM. — Cuatro millones.

CHATOWSKY. — Cien tractores y dos pedazos de espiritualidad del pueblo ruso.

MANUEL. — ¿Y por qué lo han cargado ustedes? Ese ruso no pinta nada aquí… ¡Descárguenlo otra vez!

HOMBRE 1.º — ¿Otra vez?

MANUEL. — ¡Otra vez! ¡He dicho!

(*HOMBRE 1.º suelta al HOMBRE 2.º, que cae al suelo como un fardo. Él empieza a recitar un poema.*)

HOMBRE 1.º — ¡Oh, piano! ¡Oh, piano! Tan pesado en invierno como en verano…

TONZIGAM. — Cinco millones.

CHATOWSKY. — Doscientos tractores y más espiritualidad.

HOMBRE 1.º — Tan pesado como un brazo de Silvana Mangano. ¡Oh, piano! ¡Oh, piano!

(*Cae redondo al suelo junto a su compañero. CHATOWSKY saca un revólver y apunta a TONZIGAM.*)

CHATOWSKY. — ¡Basta! Fuera de aquí, Tonzigam.

TONZIGAM. (*Sonriente.*) — ¡Ah! Un arma de fuego. ¡Estúpido! ¡Choking! (*A MISS CAYÓH.*) Mis Cayóh, la contraofensiva.

MISS CAYÓH. — Yes, sir.

(*Le alarga un paquete de dólares. TONZIGAM va arrojando dólares a la cara del ruso, mientras éste retrocede asustado.*)

CHATOWSKY. — No, Tonzigam. ¡Dolarazos, no!… ¡Dolarazos, no… Tonzigam!

TONZIGAM. — ¡Cretino! ¡Uno de diez… ¡Misereibol! ¡Uno de veinte!

(*CHATOWSKY acusa los dólares como masazos.*)

TONZIGAM. — ¡Guarro! ¡Uno de treinta!… ¡Demócrata!… ¡Uno de cien! (*Levanta un paquete enorme.*)

CHATOWSKY. — ¡No! ¡No!…

TONZIGAM. — ¡Europeo!

(*Se lo arroja encima. CHATOWSKY, como herido por un rayo, se desploma. Y, tal vez por imitarle, cae también el otro.*).

TELÓN

ACTO SEGUNDO

(*En escena, echado en un sofá, CHATOWSKY duerme con una pistola en la mano. TONZIGAM duerme en un sillón, y en sus rodillas, sentada, MISS CAYÓH duerme también. El HOMBRE 1.º ronca echado en el suelo, y junto a él, el HOMBRE 2.º, como un pajarito, suspira y se fuma un cigarrillo apaciblemente. Por la escalera aparece ABELARDO, anda con sigilo; baja uno a uno los escalones, procurando que no le oigan. Cruza delante del ruso. Este, sin dejar de dormir, aprieta el gatillo de su revólver. Detonación. ABELARDO corre escaleras arriba. Se cruza con BOBI, que baja, y al ver que no hay ningún animal sacado se lleva al HOMBRE 2.º en brazos. El ruso se desespera. Suena un tiro. Cae del techo una codorniz. Vuelve a aparecer BOBI, recoge la codorniz y se va. Estuvo en el ruso. Extrañado, dispara su pistola hacia arriba y cae un pato. El ruso se queda como quien ve visiones. El HOMBRE 1.º se incorpora y, entre sueño, afirma.*)

HOMBRE 1.º — ¡Vaya!... Ya me he perdido los fuegos artificiales.

CHATOWSKY. — (*Emocionado.*) Obrerito... Caen patos del techo.

HOMBRE 1.º — ¿Eso es otro verso?

CHATOWSKY. — Eso es una verdad como un autogiro. ¡Mira! Lo he cazado. Se dispara hacia arriba y cae un pato. Estos occidentales... ¡qué cosas tienen! El amor, los escalopes de ternera y, encima, esto.

HOMBRE 1.º (*Inquieto.*) — ¿Dónde está Pepe?... Pepe... ¿Qué han hecho de Pepe?

CHATOWSKY. — ¿De qué Pepe?

HOMBRE 1.º — De Pepe, el "Pajarito". ¡Mi compañero! ¡Pobre Pepe! Tantos años cargando pianos los dos juntos. ¿Dónde está?

CHATOWSKY. — También es ocurrencia. Llamándole “Pajarito”, entrar en esta casa.

HOMBRE 1.º — ¡Y ahora, cómo vuelvo yo a la oficina sin Pepe! (*Desgarrado.*) ¡Pepe!... no me asustes. ¡Pepe!

(*Hace mutis por la derecha. Por la escalera baja MARÍA LUISA, vestida de novia y hecha una fiera.*)

MARÍA LUISA. — ¡Venga... circulen! ¡Arriba!

(*Dando empellones a TONZIGAM y a MISS CAYÓH.*)

Ustedes... ¡arriba!

TONZIGAM. — ¿Qué ocurre?

MARÍA LUISA. — Ocurre que me caso dentro de dos horas.

TONZIGAM. — ¡Vaya!... ¡Mi enhorabuena!

MARÍA LUISA. — Y como no me da la gana de que ustedes me estropeen mi boda..., ¡a la calle!

TONZIGAM. — Yo no estropeo boda, señorita.

MARÍA LUISA. — Ustedes dos no dejan salir a mi novio de la casa para que se vista. Apenas asoma la cabeza, ya le están pegando tiros.

CHATOWSKY. — ¿Entonces, usted es la novia del genio?

MARÍA LUISA. — ¡Sí, señor! Y como para mí una boda es más importante que la madre Rusia, desde Viena a Vladivostov, armo la grande si ustedes no se retiran en el acto y dejan salir a mi novio de la casa.

HOMBRE 1.º (*Saliendo por la derecha.*) — ¡Pepe!... ¡Pepe!... ¿Han visto ustedes a Pepe?

MARÍA LUISA. (*Sin hacerle caso.*) — Conque ésa es la puerta y ése el teléfono para llamar a la policía.

HOMBRE 1.º — ¿Ha visto usted a Pepe?

MARÍA LUISA. (*Frenética.*) — ¡No!

HOMBRE 1.º (*Haciendo mutis por la izquierda.*) — ¡Pepe!... ¡"Pajarito"!

TONZIGAM. — Yo estar contento de su boda. Me marcha... Todo arreglado. Very easy.

CHATOWSKY. — Es un deber que el genio se multiplique. ¿Aquí, para multiplicarse, hay que casarse?

MARÍA LUISA. — Como Dios manda.

CHATOWSKY. — Pues nada: que se case. (*Aparte.*) Le esperaré a la salida.

TONZIGAM. — Desde luego. ¡Que se case! (*A MISS CAYÓH.*) Le seguiremos.

MISS CAYÓH. — Okay, cheef.

TONZIGAM. — Mis respetos.

CHATOWSKY. — Salud y fecundidad. (*A TONZIGAM.*) Usted primero.

TONZIGAM. — No, no... Usted.

CHATOWSKY. — ¡Usted!... Los dos juntos vencimos a Alemania.

TONZIGAM. — ¡Es verdad! ¡Ya no me acordaba!

CHATOWSKY. — Ni yo.

(*Pasa antes el americano. CHATOWSKY guiña un ojo y afirma.*)

Menudo tiro en la nuca me dan si llego a pasar delante.

(*Mutis de los tres por el foro. Por la izquierda sale LAURENCIA, con un chaqué en la mano.*)

MARÍA LUISA. — Ya se han ido.

LAURENCIA. — ¡A buenas horas! Me acaban de traer el chaqué de Abelardo.

MARÍA LUISA. — Yo se lo subiré.

(*Por la derecha aparece BOBI, mientras MARÍA LUISA sube las escaleras.*)

LAURENCIA. — ¿Ha dejado ya de cazar el señor?

BOBI. — Sí, señora. El señor me ha dicho que ya no cazaremos más. El señor ha repetido que se ha cansado de cazar aves de poca monta.

LAURENCIA. — ¿Sigue empeñado en lo de la caza mayor?

BOBI. — Exacto, señora. O tira sobre un hipopótamo, un gorila o un elefante o no tira sobre nada.

LAURENCIA. — Me parece que como se empeñe nos vamos a tener que ir de casa. ¿Has planchado los cuellos para el genio?

BOBI. — Sí, señora. Aquí están.

(*Le entrega varios cuellos duros.*)

Este... (*Señala uno*) ...creo que es el que le irá mejor.

LAURENCIA. — Le probaremos todos.

(*Sube las escaleras. Suena un timbre. BOBI hace mutis por el foro. Por el ventanal entra LAURA. Luego BOBI por el foro.*)

BOBI. — ¿Ha visto usted al señorito? Pregunta por él una tal Violeta.

LAURA. (*Escamada.*) — ¿Violeta?

BOBI. — Me ha explicado que es vicetiple.

LAURA. — Dígale usted que pase. El señorito ya no puede tardar.

BOBI. — Sí, profesora.

(*Hace mutis por el foro. Entra VIOLETA por el foro también. Muy pintada. Escultural. Sus ademanes serán muy sosos y sus gestos tristes; unos y otros nos recordarán los que hacen las vicetiples en los escenarios. ¡Para qué señalar más!*)

LAURA. — Pase..., pase... Siéntese.

(*VIOLETA se sienta en silencio. Pausa.*)

¿Es usted Violeta?

(*VIOLETA afirma con la cabeza.*)

¿Quería ver a Manolo?

(*VIOLETA sigue afirmando.*)

Ya. ¿Antigua novia de él?

(*VIOLETA dice que mitad y mitad.*)

¿Es usted de aquí?

VIOLETA. (*Muy sosa.*) — Soy madrileña, de las de rompe y rasga, nacida en Chamberí, y tengo un novio que aunque haya veinte iguales está loco por mí.

LAURA. — ¿Un novio que no es Manolo? Sin embargo, usted ha salido con él. Seguramente lo habrá besado.

VIOLETA. — Me puede dar un beso en la mano, me puede dar un beso de hermano, y así me besará cuanto quiera; pero un beso de amor no se lo doy a cualquiera.

LAURA. — Entonces...

VIOLETA. — La española, cuando besa, es que besa de verdad, y a ninguna le interesa besar por frivolidad.

LAURA. — Perdone. No había querido insultarla. Pero si usted supiera... Al verla ahora aquí me ha dado un vuelco el corazón... No sé si será porque, sin darme cuenta, he empezado a quererle, a quererle un poquito... Hace algún tiempo, ¿sabe?, me quisieron casar con un señor que tenía el bigote blanco... ¡Fíjese qué señor tan raro! A usted, seguramente, le habrá ocurrido también una cosa así.

(*VIOLETA afirma con la cabeza.*)

VIOLETA. — No. Yo no me caso sin amor; no quiero verle ni hablarle. Es una visión. Quiero, quiero casarme con quien quiero; quiero librar de la prisión mi infeliz corazón.

LAURA. — Eso mismo pensé. Y me puse a dar lecciones de piano. Manolo tiene el bigote negro. Y parece ya un papá. Usted no sabe lo que supone para mí encontrar un hombre al que no le guste Beethoven. ¿A usted le gustaría un hombre así?

VIOLETA. (*Con una sonrisa amarga.*) — Con tal de que bese bien..., lo mismo me da.

LAURA. — Violeta. Somos dos mujeres..., sólo eso... Dos mujeres con la primavera por medio. No me diga nada de lo que ha podido sentir por él. Diríamos las dos lo mismo. Es preciso que una de nosotras lo olvide.

VIOLETA. — Olvidarme de él... Qué va. Olvidar yo su amor... ¡ja, ja! ¿Dónde voy a encontrar otro amor igual?

LAURA. — Sin embargo, es preciso.

(*Entra MANUEL por el ventanal.*)

MANUEL. — ¡Laura! (*Ve a VIOLETA.*) ¡Violeta!

VIOLETA. — ¿Por qué bajas la cabeza? ¿Por qué miras a la mesa, como si un mal pensamiento te nublara la razón?

MANUEL. — Laura, tengo que presentarte...

LAURA. — No hace falta. Nos conocemos. Manolo, antes, en el jardín, me dijiste que cuando el veintiuno de marzo llega, el caballo de pronto relincha y llama a la yegua con la cola; y que los erizos se quitan las púas y guiñan un ojito a las erizas; que cuando el veintiuno de marzo llega, la tierra, los animales, el sol y Manolo buscan... buscan algo que acariciar, algo que besar suavemente.

MANUEL. — Sí. Te he dicho eso... y te dije también que Manolo buscaba una Laura que llevarse a los labios.

LAURA. — Ahora es preciso que desengañes a una de las dos. Elige. Di a una de las dos que sí y que no a la otra.

(*Pausa. MANOLO se vuelve a VIOLETA.*)

MANUEL. — Violeta...

VIOLETA. (*Apasionada.*) — Por todo lo que más quieras... dime que sí; por tu madrecita buena, dime que sí; que me vas a querer tanto, dime que sí; que me vas a querer tanto como yo te quiero a ti.

MANOLO. — Violeta. Es necesario decirte la verdad. Quiero a Laura. La quiero mucho.

VIOLETA. — Yo no me quiero enterar; no me lo digas, Manolo; no ves que no puedo más... Prefiero vivir soñando a conocer la verdad.

MANUEL. — Nos reímos mucho juntos, ¿recuerdas? Tú decías eso de “Traigo en la boquita cañita de azúcar”... Pero la quiero a ella. Lo siento. Otro muchacho se sentará mañana en la fila cero.

VIOLETA. — Cariño... ¡Ay, entrañas!... A nadie quiero yo más que a ti.

MANUEL. — Lo siento, Violeta... Compréndelo. (*Le da un beso en la frente.*) ¡Vivan tus pantorrillas, Violeta! ¡Vivan tus pantorrillas, que sólo cuestan treinta pesetas, fila cero, número seis, y que de pronto nos hacen olvidar que somos un poquito de carne de cañón y un poquito de hombre aburrido! ¡En la trinchera, Violeta, te prometo que, junto al recuerdo de mi mujer y el de mis hijos, llevaré el de tus pantorrillas, tus bien hechas e inolvidables pantorrillas! ¡Adiós, Violeta!

(*VIOLETA hace mutis lentamente mientras dice.*)

VIOLETA. — En mi boca ya no hay risas ni en mis ojos ilusión. Ni la alondra cuando canta..., canta mi canción.

(*Mutis por el foro.*)

MANUEL. (*A LAURA.*) —Laura…, yo…

LAURA. — No hablemos más de eso. (*Por VIOLETA.*) Esta chica estaba con Celia Gámez, ¿verdad?

MANUEL. — Sí. Y con Conchita Piquer.

MARÍA LUISA. (*Bajando la escalera.*) — ¡Pero, Manolo! ¿Aún no estás vestido?

MANUEL. — No. Aún no estoy vestido ni me voy a vestir nunca.

MARÍA LUISA. — ¿Es que no piensas ir a la boda?

MANUEL. — No, no pienso ir. Me aburrís exactamente igual la salvación de Europa y tú.

MARÍA LUISA. — ¡Qué oprobio!

LAURA. — No se preocupe, María Luisa. Iré yo.

MARÍA LUISA. — ¿Y eso qué tiene que ver? ¿Es usted mi hermano?

LAURA. — No. No soy su hermano. Tengo que reconocerlo.

(*Por la izquierda sale el HOMBRE 1.º, desolado.*)

HOMBRE 1.º — ¡El “Pajarito” no aparece! ¡“Pajarito”!... ¡Pepe de mi alma!

MARÍA LUISA. — Papá no puede salir porque el médico no le deja. Mamá está medio accidentada de nervios, como es su obligación, y ahora tú no quieres ir a la boda. ¡Me voy a casar sin familia!

MANUEL. — Si pudieras casarte sin marido, no sabes lo que ibas a adelantar.

HOMBRE 1.º — ¿Has visto a Pepe?

MARÍA LUISA. — ¡Noooo!

HOMBRE 1.º (*Subiendo las escaleras.*) — ¡Pepe!... ¡“Pajarito”!

LAURA. — Yo creo, Manuel, que debías hacer un esfuerzo e ir a la boda.

MANUEL. — No. No transijo con ese tipo. Me cargan los listos, los hombres serios, los feos y tontos que se las dan de profundos. Me carga esa profundidad de moda. Me carga Jean Paul Sartre, Europa y esta cultura de periódico semiclandestino. Me cargan los mitos, los genios, todos esos tipos que charlan de la guerra sin haber pisado un frente. Me carga la idea de morir creyendo en Abelardo. Si algún día muero lo haré con un fusilito en la mano y una balita entre las cejas, como mueren los

hombrecitos que no son profundos ni hablan de guerra ni defienden, de palabra, las ruinas de Roma, de Colonia, de Atenas, etcétera. ¡No voy a la boda!

MARÍA LUISA. — ¡Árabe de los diablos!

MANUEL. — Sí, señora. ¡Árabe! ¡Soy un árabe! Un árabe de los que tenían cuarenta mujeres y a la primera que les salía un tanto así de ful le cortaban la cabeza. Árabe hasta los tuétanos, y entre Damasco y París, que quede con Damasco, en donde un hombre es todavía un hombre. Con turbante, pero un hombre. (*A gritos.*) ¡Soy un moro! ¡Un morazo! Que, tal como van las cosas por ahí, el día que los moros cojamos la fusila terminamos en Rumanía.

MARÍA LUISA. — ¡Inculto, vulgar!

MANUEL. — Sí, muy vulgar. ¡No lo ves! Me llamo, Pepe, no Manolo, sino Pepe. ¡Me llamo Pepe!... ¡El colmo de la vulgaridad! ¡Pepe!... ¡Pepe!

(*Por la escalera baja el HOMBRE 1.º, muy contento, gritando.*)

HOMBRE 1.º — ¡Pepe, chato! ¡Pepe! ¿Estás ahí? (*Abraza a MANUEL.*)

MANUEL. (*Quitándoselo de encima.*) — ¡Al diablo, caballero!

HOMBRE 1.º (*Lamentándose.*) — Este “Pajarito” lo que quiere es que yo me muera del disgusto.

(*Hace mutis por la derecha.*)

MARÍA LUISA. — Está bien. No vayas a la boda. Sigue así, troglodita de los demonios. Contra todos los que son como tú se ha logrado la Ciencia. A pesar tuyo, se ha logrado el avión, la bomba atómica y el bicarbonato de sosa. ¡Buenos días!

(*Sube las escaleras, muy tiesa, y a mitad del trayecto, tropieza y se cae. Se levanta luego y, enderezándose la diadema, hace mutis definitivo.*)

LAURA. — Estuviste un poco duro.

MANUEL. — Mi hermana es un ser fabricado para que se rían de ella hasta los reclutas. Y ahora vamos a ver una película española, que tengo que hablar mucho contigo.

(*Hacen mutis por la izquierda. Sale BOBI, seguido de los profesores ENCISO y CAVANILLAS. Severamente vestidos, con hongo y bastón. Uno de ellos, CAVANILLAS, ya viejo. ENCISO, más joven.*)

BOBI. — Aguarden un instante. Voy a avisar al señor.

ENCISO. — Dígale que es muy urgente.

CAVANILLAS. — Urgentísimo.

BOBI. — Sí, señores. En seguida.

(*Sube las escaleras. ENCISO saca dos fotos y las mira, comparándolas.*)

ENCISO. — ¡No cabe duda!

CAVANILLAS. — ¡Ninguna!

(*Por la escalera baja JONÁS, con su escopeta y su atuendo de casa.*)

ENCISO. — Señor González.

JONÁS. — Sí. Ustedes dirán...

ENCISO. (*Presentando.*) — El profesor Cavanillas, antropólogo, y yo, que también lo soy, Juan Enciso y Grijalba, para servirle, desearíamos tener con usted una pequeña conversación.

CAVANILLAS. — Me permito aconsejarle que aplace para mañana su partida de caza, dada la urgencia de nuestro asunto.

JONÁS. — ¡Caballeros..., me alarman ustedes!

ENCISO. — La cuestión, por desgracia, es bastante penosa.

JONÁS. — Siéntense. (*Se sientan.*) Les escucho.

(*CAVANILLAS y ENCISO se miran con embarazo.*)

ENCISO. — El caso es que... no sé por dónde empezar. Es tan asombrosa, tan increíble nuestra historia...

JONÁS. — ¿Pero de esa historia tan asombrosa se desprende algún perjuicio para mi familia o para mí?

ENCISO. — Desgraciadamente. Por eso hemos querido advertirle, con objeto de que usted obre en consecuencia.

JONÁS. — ¡Hablen, por favor!

ENCISO. — Hace treinta y cinco años, precisamente para el invierno de mil novecientos diecisiete, estaba yo en Bata.

JONÁS. — ¿Tenía usted frío?

ENCISO. — Estaba yo en Bata, capital de la Guinea española, acompañando en sus investigaciones antropológicas al profesor Cavanillas. ¡Buen país la Guinea! Donde menos se piensa, salta la tsé-tsé.

JONÁS. — Caballeros, abrevien... No sé si sabrán que hoy caso a mi hija y...

CAVANILLAS. — Precisamente de esa boda se trata. Continúe, Enciso.

ENCISO. — En fin: en una de nuestras incursiones por la selva, hallamos una guarida de gorilas.

CAVANILLAS. — Cuando intentábamos inspeccionar más detenidamente el lugar, se echó sobre nosotros el gorila hembra, que andaba por las cercanías.

ENCISO. — Disparé tres veces y la gorila cayó al suelo muerta. ¡Un hermoso ejemplar!

JONÁS. — Y bien...

ENCISO. — No se impaciente. El caso es que en la guarida había una cría, un gorilita delicioso, que nos miraba con ojos tristes.

CAVANILLAS. — Uno no es de piedra, señor González. Cogimos al gorilita y lo adoptamos.

ENCISO. — En el campamento mostró el animal gran inteligencia, hasta el punto de servirnos el desayuno en la cama, con sus propias manos.

JONÁS. — Estupendo. Y yo qué tengo que ver...

CAVANILLAS. — Aguarde aún.

ENCISO. — Para simplificar. Cuando volvimos a España trajimos al gorila con nosotros. En el barco aprendió a contar con los dedos... Algo espantoso sucedió después.

CAVANILLAS. — Al llegar a Cádiz, el gorila se nos escapó. Estuvimos mucho tiempo sin saber de él. Después, cuando ya era tarde para remediarlo, hemos conocido su destino y su situación.

ENCISO. — Señor González. El gorila estudió Filosofía y Letras, obteniendo premio extraordinario. Después, Ciencias y Medicina, siendo galardonado con brillantez. Dio conferencias, colaboró en los periódicos e incluso estrenó un drama. El gorila, señor González, elaboró una teoría sobre la desintegración de los neutrones y, por último, el gorila ha inventado un arma mortífera. Señor González, el gorila que recogimos en Guinea es su futuro yerno, Abelardo Sanchidrián.

JONÁS. — ¿Cómo?... ¡Mi yerno un gorila!

CAVANILLAS. — Nuestra palabra de honor. Tenemos pruebas.

JONÁS. — ¿Un gorila?
(Entusiasmado, empieza a acariciar el cañón de la escopeta.)

ENCISO. — No sólo un gorila, sino un magnífico ejemplar también.

JONÁS. — ¡Caza mayor!
(Parece despertar de un sueño.)
¡Pero eso no puede ser! ¡Es imposible de todo punto!
¡Bah... fantasías!

ENCISO. — Tenemos pruebas. La copia de las más convincentes está en este sobre, que ponemos a su disposición. *(Le entrega un sobre.)* He aquí una foto del gorila mondándose un plátano en nuestro campamento, y otra de Sanchidrián estudiando una obra existencialista.

JONÁS. — ¡El parecido es asombroso!

CAVANILLAS. — Como que es el mismo, caballero.

ENCISO. — Usted comprenderá que si nosotros dijéramos ahora que la esperanza de Europa es un gorila, nos deportaban al mar de Baffin. Mejor es callarse y seguirle la corriente a los demás. Pero no podemos permitir que una muchacha inocente sufra las consecuencias de tan extraordinario caso.

CAVANILLAS. — ¡Sería un crimen!

ENCISO. — ¡Una canallada!

JONÁS. — Sin embargo..., cabe la posibilidad de que ustedes se equivoquen y Abelardo sea simplemente un feo.

ENCISO. — ¡Imposible!

CAVANILLAS. — Tenemos la seguridad. Revise usted, por favor, las pruebas que le hemos entregado y se convencerá.

ENCISO. — Así, lo más aconsejable me parece que usted impida la boda con cualquier pretexto, y luego ya tomará una determinación.

CAVANILLAS. — Es lo sensato. ¡Caballero, hemos tenido un placer!

ENCISO. — Esperamos haberle hecho un favor con nuestra intervención. ¡Buenos días!

CAVANILLAS. — Buenos días. Y si nos necesita, nos es muy grato comunicarle que no nos tendría a su disposición.

(Hacen mutis por el foro. JONÁS se queda estupefacto. Abre el sobre y lee un recorte.)

JONÁS. — ¡Asombroso!

(Lee otro más y contempla una fotografía.)

¡Para volverse loco!

(En lo alto de la escalera aparece ABELARDO, vestido de chaqué. Sus movimientos, que nos habían pasado inadvertidos, cobran ahora un sentido determinado. Se rasca la cabeza con una mano tonta de "orangutana" que da frío. JONÁS lo ve y le resplandecen los ojos. Con mucha cautela se echa la escopeta a la cara y apunta. ABELARDO bosteza como King-Kong. JONÁS dispara. Terror. ABELARDO se agacha, medio muerto de miedo. Aparecen en la escalera LAURENCIA y MARÍA LUISA.)

LAURENCIA. — ¿Qué ocurre?

MARÍA LUISA. — ¿Qué ha pasado?

ABELARDO. — ¡Un tiro!

JONÁS. — He sido yo. Se me escapó.

MARÍA LUISA. — ¡Ya podías tener más cuidado! ¡Por poco me matas a Abelardo! ¡Abelardo!... ¡Abelardito!

LAURENCIA. — Jonás, va a ser preciso que el médico te deje salir de casa, o el mejor día nos estofan a uno de nosotros.

JONÁS. — ¡Vaya, mujer, un descuido lo tiene cualquiera!

(ABELARDO, un poco repuesto, baja la escalera del brazo de MARÍA LUISA. Lo sientan frente a la mesita donde están el vino y las tapas.)

MARÍA LUISA. — Ten, mi vida; toma una copita.

(ABELARDO bebe. JONÁS le mira inquisitivamente.)

JONÁS. — ¿Quieres un cacahuete?

ABELARDO. — Bueno.

(JONÁS se lo tira y ABELARDO lo coge en el aire. Empieza a mondarlo con la mano, macabramente igual a como lo haría un mono.)

MARÍA LUISA. — *(A LAURENCIA)* Se nos ha olvidado invitar a los Diéguez. Ya sabes cómo son. Luego se enfadan y te mandan de regalo un portarretratos.

LAURENCIA. — Lo han mandado ya..., hija mía.

MARÍA LUISA. — No. Si es muy difícil casarse y librarse del portarretratos.

(JONÁS mira a ABELARDO fijamente, le hace gestos simiescos, se rasca la cabeza, etc.)

LAURENCIA. — Pero..., papá, ¿qué haces?

JONÁS. — Nada. Que me pica la cabeza.

LAURENCIA. — Pero no te rasques así, hombre, que pareces un mono.

ABELARDO. — Es verdad, parece usted un mono.

(Dicho esto se rasca el sobaco que dan ganas de meterle en una jaula.)

JONÁS. — ¡Este, aparte de un gorila es un caradura!

LAURENCIA. — ¿Decías?

JONÁS. — No, nada. Divagaba. *(Sin poderlo remediar.)* Anda, ABELARDO, quítate una pulga.

ABELARDO. *(Ofendido.)* — ¡Oiga!

MARÍA LUISA. — Qué cosas tienes, papá.

LAURENCIA. — Di que Abelardo es un genio, que si no, se ofendería.

(JONÁS mira a ABELARDO con los ojos desmesuradamente abiertos.)

LAURENCIA. — Pero, Jonás... ¿Se puede saber qué demonios te ocurre? ¿Por qué miras así a Abelardo?

JONÁS. — Abelardo..., escucha. ¿No te recuerda nada esto?

(Empieza a tocar el tambor en la mesa.)

¡Auh!... ¡Auh!

(Aúlla como un negro)

¡Auh!... ¡Auh!

ABELARDO. – No, señor.

JONÁS. — ¿Y si yo te digo Bata, a ti qué te recuerda?

ABELARDO. — Un boxeador.

JONÁS. — ¿Y plátano?

ABELARDO. — El pasodoble “Islas Canarias”.

MARÍA LUISA. — Pero, papá; ¿a qué vienen estas cosas?

JONÁS. — Déjame, hija mía. Un padre tiene que asegurarse de la moralidad de su yerno. Fíjate que ahora le digo: Bata. Y me contesta que le recuerda a Lana Turner.

ABELARDO. — María Luisa sabe muy bien que para mí no existen más que dos cosas: La Ciencia y la María Luisa.

JONÁS. — Tal como se están poniendo las cosas, me veo obligado a celebrar un consejo de familia.

LAURENCIA. — ¿Qué ocurre?

ABELARDO. — ¿Un consejo de familia?

MARÍA LUISA. — Siempre que papá convoca a un consejo de familia, algo terrible ha ocurrido. *(Se levanta.)* Estamos dispuestos, papá.

JONÁS. — *(Coge el sobre.)* ¡Vamos! Y que el Señor me ilumine.

MARÍA LUISA. — No te preocupes, Abelardo; en realidad, es un consejito nada más.

LAURENCIA. — ¡Cuando quieras, Jonás!

(Hacen mutis los tres por la derecha. Por la derecha aparece el HOMBRE 1.º con el 2.º)

HOMBRE 1.º — “¡Pajarito”! Si no te llego a sacar del horno, te sirven en pepitoria... ¡Ay, Pepe... lo que me das que hacer!

(Le da un pescozón cariñoso y lo tira al suelo.)

¡Anda, Pepe, que eres un guasa!

(Medio arrastrándolo, lo saca por el ventanal. Por el mismo ventanal entra CHATOWSKY.)

CHATOWSKY. — (Sin acercarse, chistando.) ¡Ehh!... ¡Oiga!

ABELARDO. — ¿Usted otra vez?

CHATOWSKY. — ¿Pero se casa o no se casa?

ABELARDO. — Me caso, sí, señor. Me caso, si usted me deja.

CHATOWSKY. — Escuche, camarada. ¡Una última proposición! Si usted entrega el invento a los Soviets habrá dinero fresco y la simpatía personal de Malenkof. Usted se viene a Moscú conmigo, entrega el invento y a cobrar... *(Transición.)* A cobrar su dinerito.

ABELARDO. — Chatowsky, ese invento no se puede pagar con todo el oro del mundo. He trabajado más de quince años en él, quince años que han desembocado en una sola y única fórmula: H tres.

CHATOWSKY. — H tres. ¡Quince años para decir H tres!

ABELARDO. — Soy un hombre metódico.

CHATOWSKY. — Es usted una tortuga. Y bien... ¿Qué quiere decir H tres? Tres moléculas de hidrógeno, tres hombres, tres sacos de harina, tres películas de Bob Hope...

ABELARDO. — H tres quiere decir sólo H tres. Inútil comprenderlo si yo no lo explico.

CHATOWSKY. — Y a mí me parece que aunque usted lo explique, tampoco.

ABELARDO. — En fin, Chatowsky. No puedo. H tres representa el arma con que Europa preservará sus ruinas. *(Se rasca la cabeza, inquieto.)* No puedo entregarla sino a Europa, y usted no es Europa, aunque ande por ahí diciéndolo.

CHATOWSKY. — Si usted se viene a Moscú...

ABELARDO. — No voy a Moscú, Chatowsky. No voy a ninguna parte. Déjeme, por favor. *(En el ventanal aspira fuerte.)* No sé lo que pasa hoy. La luz, tal vez; hay demasiada luz... y pocos árboles. Me parece como si tuviera aquí, en el pecho, una angustia especial; como si me faltara algo para vivir.

CHATOWSKY. — Eso es que se casa usted.

ABELARDO. — Ya lo he pensado. Pero no..., no es eso. Me falta algo… y no puedo concretar lo que es. ¡Otra fórmula, tal vez! Mire, Chatowsky: los árboles están cumpliendo sus reglas biológicas. Florecen. Ya sabe…; la savia circula y… ¡zas! Y aquel imbécil besa a su novia en lugar de

examinarse de Paleografía. ¿No ve usted cuánta luz hay? ¿Por qué hay tanta luz? Antes he intentado hacer una ecuación, y me puse a mirar el horizonte. ¡Ya sabe! La línea imaginaria que trazamos… etcétera, etcétera. Sólo pude escribir: a b x más b x más c igual a cero. Y de pronto me he dado cuenta de que era una tontería escribir a b x más b x más c para luego decir que es igual a cero. *(Recobrado.)* Disculpe. No sé lo que me ocurre. Alergia. O tal vez la náusea existencialista, o la angustia vital, o la vida y la contingencia, o una gaseosa que tomé ayer. Algo es…, algo que por vez primera no he podido resolver con una ecuación.

(Hace mutis, preocupado, por la derecha. En la izquierda se oyen unas carcajadas enormes y aparece MANUEL, muerto de risa.)

MANUEL. — ¡Magnífico! ¡Estupendo!

CHATOWSKY. — ¿Se está usted riendo de mí?

MANUEL. — Ni mucho menos. De usted me he reído ya hace mucho tiempo. ¡Es magnífico! ¡Magnífico!

CHATOWSKY. — ¿Se puede saber lo que le hace tanta gracia?

MANUEL. — ¡Ah…, pero no lo sabe usted! ¡Es estupendo! ¡Colosal!

CHATOWSKY. — Acaba, camarada.

MANUEL. — Camarada…, ¿sigues necesitando a Abelardo Sanchidrián? ¿Le necesitas, verdad? Te es preciso su talento, sus fórmulas, ¿no es cierto?

CHATOWSKY. — Sí. Es cierto. ¿Sabes algún modo de conseguirlo?

MANUEL. — Alguno habrá. Por ejemplo, ponerle una trampa de hojas secas, o cogerle con un lazo, o amaestrarlo para que ande en bicicleta.

CHATOWSKY. — Camarada…, ¿qué significa esa broma?

MANUEL**.** — Pues significa sólo, camarada, que Abelardo Sanchidrián es un mono.

CHATOWSKY. — ¿Qué?

MANUEL. — Sí…, un mono, un gorila de la Guinea. Un gorila adelantadillo, pero un gorila.

CHATOWSKY. — ¡Wichinsky me valga! ¡Eso es una broma!

MANUEL. — Eso es que hay un sobre de pruebas; eso es que he visto una magnífica película española sobre la vida y amores de Alfonso I, el Batallador, sólo por partirme de risa de otra manera. Eso es que mi padre puede atestiguar en cualquier momento que el genio es un gorila, un gorila solamente. *(Doblado de risa.)* ¡Para morirse!

CHATOWSKY. — Si yo supiera que eso es verdad…

MANUEL. — Eso es una verdad como un templo, y perdona la ofensa, camarada. Vamos, ¿qué haces que no te compras tres negros y lo cazáis en un momento? ¡Duro con el sabio!

CHATOWSKY. — ¿Abelardo, un gorila?

MANUEL. — Abelardo es el mote, camarada; su nombre verdadero es Bozambo, y se come los plátanos como si fueran torraos.

CHATOWSKY. — Voy a idear algo para llevármelo a Moscú.

MANUEL. *(Indignado.)* — ¿Pero aún te interesa ese genio, mamarracho? ¿Aún le ves posibilidades a un gorila? ¿Aún necesitáis que un gorila trabaje para vosotros?

CHATOWSKY**.** — Tiene el H tres.

MANUEL. — ¡Como si tiene el H veinticuatro! ¡Es un gorila! ¡Un gorila!

CHATOWSKY**.** — Será un gorila, pero tiene el H tres.

MANUEL. — ¿Te das cuenta de la risa que se va a armar en la ONU cuando digan que los soviets se han llevado un gorila y le han dado el premio Stalin?

CHATOWSKY. — Eso no es óbice. En cualquier parte le dan un premio a un gorila.

MANUEL.—Claro, pero si anda, con una sombrilla, por la cuerda floja.

CHATOWSKY.—(*Cazurro.)* Tiene el H tres.

MANUEL.—¡Al cuerno, camarada! ¡Europa, en manos de un gorila! Por otra parte, es lo único que se merece. ¡Al cuerno, camarada! ¡Y pronto! Busca un medio de llevarte tu gorila, y pronto..., pronto. Aquí es costumbre tenerlos en una jaula.

CHATOWSKY.—*(Al mutis.)* Buscaré un medio. Tiene el H tres; tiene el H tres.

(Hace mutis por el foro. Por el ventanal entra TONZIGAM.)

TONZIGAM.—¡Asombroso! Si no llego a vigilar a Chatowsky, perdemos la ocasión. *(A MANUEL.)* ¡Fabuloso! ¡El H tres! Un inteligente gorila descubre el H tres. *(Coge el teléfono.)* ¡Miss Cayoh! ¡Miss Cayoh! El cheef al habla. Apunte. Gorila llamado Abelardo posee arma salvación Europa. Stop. Ofrecemos gorila ochenta millones y contratos Hollywood. Stop. Cuídese gorila encuentre plátanos en New York. Stop. ¡Mándelo en seguida! *(A MANUEL.)* ¡Fabuloso! ¡Fabuloso! *(Muy de prisa.)* Encantado de estar en tipycal país. Preciosas mujeres, manzanilla, toreros... ¡Oh, la vieja España! *(Al mutis.)* ¡Tiene el H tres! ¡Tiene el H tres!

(MANUEL está asombrado. Por la izquierda salen, muy serios, LAURENCIA, JONÁS y MARÍA LUISA. MANUEL los ve y se echa a reír.)

JONÁS.—¡No te rías...! ¡No hay por qué!

MANUEL.—Sí es que me hacéis mucha gracia. ¡Si es que sois más graciosos que un autobús vacío! ¡Un gorila! Vuestro genio era un gorila. Tanta admiración, tanto homenaje, tanto premio, y era... un gorila. Vaya bomba, papá. Eso sí que es una bomba, y no el H tres. El gran hombre, el serio, el profundo, el que devoraba los periódicos literarios franceses, el que estaba al tanto de los últimos sucesos en todo el mundo, el estudioso, el ejemplo, la esperanza de Europa..., ¡era un gorila! Si no

había más que mirarle a la cara. Si no se puede ser feo, papá; si no se puede ser feo y encima profundo. ¿Cómo no hemos caído antes en que era un gorila? Yo lo sé, papá. Porque nos dio por pagar a cien pesetas lo que sólo valía tres setenta y cinco. Porque creamos un mito y lo adoramos, cuando saltaba a la vista que lo que estábamos adorando era un mono, y porque para nosotros el H tres es el no va más, cuando sabemos íntimamente que hay cosas mucho más difíciles que el H tres, y ésas..., ésas sí que no puede hacerlas un mono. ¡Un gorila...! ¡Eso...! ¡Un simple gorila!

LAURENCIA.—Manuel..., no hables así del marido de tu hermana.

MANUEL.—*(Asombrado.)* ¿Eh?

MARÍA LUISA.—Dentro de una hora voy a casarme con Abelardo.

MANUEL.—*(Batiendo los dedos.)* ¡Anda!

JONÁS.—¡Será un gorila, no lo dudo, pero hay que ver qué gorila!

LAURENCIA.—¡Es un partido para la niña!

MANUEL.—¡Yo me vuelvo loco!

JONÁS.—Y aunque sea un gorila, como está muy bien considerado en sociedad, María Luisa será querida y respetada por todos.

LAURENCIA.—Sin contar con que el gorila gana cuatro mil quinientas pesetas seguras al mes, aparte extraordinarias.

MANUEL.—¡Me muero!

JONÁS.—Yo, bien mirado, prefiero que se case con el gorila, y no con un chisgarabís o con un empleado del Instituto Nacional de Previsión.

MANUEL.—*(Aullando.)* Pero... ¡por Dios...! ¡Que es un gorila!

JONÁS.—¡Es un gran gorila! ¡Es el mejor gorila del mundo! ¡Es el gorila del que anda pendiente el universo! Ni una palabra más. Mañana las crónicas de sociedad dirán bien claro: “Enlace Bozambo-González.”

MARÍA LUISA.—Mejor Sanchidrián. Bozambo se lo llamaré yo cuando estemos muy juntitos, cariñosamente, mis manos entre sus patas.

LAURENCIA.—*(Mientras sube la escalera.)* ¡Ay, hija, qué gorila te llevas!

(Mutis de los tres.)

MANUEL.—*(Llamando.)* ¡Laura! ¡Laura!

(LAURA aparece por el ventanal. MANUEL la abraza.)

LAURA.—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

MANUEL.—¡Vámonos, Laura..., vámonos!

LAURA.—¿Adónde?

MANUEL.—A la calle. A comprar pipas y cigarrillos sueltos; a tocar “El Danubio azul” en todos los pianos del mundo; a ser chiquititos, guapos y modestos...; a querernos, Laura. ¡Vámonos!

LAURA.—Pero..., ¿qué ocurre?

MANUEL.—Si todo pudiera ser tan sencillo como ver en tus ojos el Paraíso. Si todo pudiera ser tan inteligente como las pantorrillas de Violeta o tus labios... Si todo fuera tan claro como esa balita entre las cejas, y ese fusilito Mauser del 98, y esa trinchera llena de ratas. Si pudiéramos simplemente morir en una mañana de primavera, cantando “Los voluntarios”...; pero más allá..., mucho más allá, tras las montañas..., hay tanto gorila.

LAURA.—Gorilas. ¿Dónde hay gorilas, Manuel?

MANUEL.—*(Al mutis.)* ¡Donde no hay primavera, chata!

(Gran pausa. Por el ventanal entra un mono. Es decir, un actor vestido de mono. Hay que procurar que nada más verle la gente comprenda que el autor no quiere sacar a escena un mono, sino un hombre disfrazado de mono; concretamente, un delegado ruso disfrazado de mono. Por cierto, que tropieza y lanza un sonoro:)

CHATOWSKY.—¡Lo que hay que hacer por el Comisariado! ¡Ah... ahí está!

(Por la derecha entra ABELARDO, preocupado, inquieto. Se sienta en el sofá. El mono salta y le hace carantoñas. ABELARDO lo ve.)

ABELARDO.—*(Con un grito.)* ¡Mimí! ¡Mimí! *(Mira al mono con entusiasmo.)* ¡Ah...! ¡Si eras tú... Mimí! ¡Cómo poder olvidarte! ¡Mimí! *(Lo atrae hacia sí y lo acaricia.)* ¡La madre de Mimí! ¿Te acuerdas de cuando éramos pequeños? Yo saltaba de árbol en árbol y te traía cocos... ¡Ahora sí que lo recuerdo! ¡Qué bien lo recuerdo, Mimí! Y mamá iba a ver si cazaba hombres. ¡Qué lejos todo aquello! ¿Sabes, Mimí? Hoy de pronto he sentido algo raro, algo que no comprendía bien. Ahora sé lo que era. ¿Recuerdas? Aquel lago. Y jugar contigo a las piedrecitas y chillar… Eso quiero. Como entonces… como cuando llegaban los calores y la tierra reverdecía y los animalillos se perseguían en la selva... *(Muy dulce.)* ¡Qué guapa te has puesto, Mimí! ¡Qué guapa! Como entonces, el calor, el lago..., las piedrecitas... *(Acariciándolo.)* ¡Mimí de mi vida! ¡Mimí!

TELÓN